

el cuerpo vencido hacia fuera y los ojos fijos.

Juan se inclinaba más y más, como si en el fondo viese algo que le llamara. Lucas le dijo:

—¿Vas á beber desde aquí?

Al pronunciar la última palabra vió el cuerpo de Juan volteando sobre la barandilla; el soldadito rojo y azul cayó al río, hundiéndose, desapareciendo bajo el agua.

Lucas, agarrotado por el susto, quiso dar voces, pero no le fué posible. Vió removerse y alejarse un bulto; luego apareció sobre la superficie del río la cabeza de su compañero que al pronto volvió á hundirse.

Más adelante, asomó un brazo, un brazo que se alzó para desaparecer al momento. Y no hubo más.

Lucas volvió solo al cuartel, desconsolado, enloquecido, y refirió el terrible suceso, lloroso, balbuciente, sonándose á cada palabra:

—Se inclinó hacia fuera... se inclinó tanto... tanto... que no pudo sostenerse... y cayó de cabeza... de cabeza...

La emoción le ahogaba. ¡Si hubiera sabido...!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL BICHO DE BELHOMME

DISPONÍASE á salir de Criquetot la diligencia del Havre, y todos los viajeros aguardaban en el parador á que los fueran llamando para ocupar sus asientos.

Era un coche amarillo, cuyas ruedas—con indelebles incrustaciones de barro—pequeñísimas las del juego delantero, grandes y delgadas las de atrás, apoyaban el cajón, deforme y panzudo como el cuerpo de un coleóptero gigantesco. Tres rocinantes blancos, de cabezas enormes y callosas é hinchadas rodillas—dos enganchados en varas y uno delantero—debían arrastrar aquel vehículo monstruoso. Las pobres bestias parecían adormiladas en sus arreos.

El mayoral, Cesáreo Harloville, un hombrecillo panzudo y sin embargo ligero—gracias á la obligada costumbre de subir al pescante y á la baca, trepando por las ruedas—, que tenía el rostro curtido, arrebolado por el sol y el frío, por el viento, la llu-

via y el aguardiente, asomóse á la puerta del parador, enjugándose los labios con el dorso de su manaza. Canastos redondos y achatados llenos de gallinas alborotadas, yacían á los pies de los campesinos inmóviles. Cesáreo Harloville los fué cogiendo uno tras otro, y encaramándose una y otra vez á lo alto del coche. Luego colocó, sin traquetearlas, con el mayor cuidado posible, las cestas de huevos. Tiró desde abajo, para no subir una vez más, los morrales de los piensos, paquetes y líos, todas las menudencias. Luego abrió la portezuela, y sacando un papel del bolsillo, comenzó á llamar á los viajeros:

—El señor párroco de Gorgeville.

Avanzó el cura, hombre fornido, alto, grueso, violáceo y de maneras afables. Recogióse la sota-na para levantar el pie, como se recogen el vestido las mujeres, y subió á la diligencia.

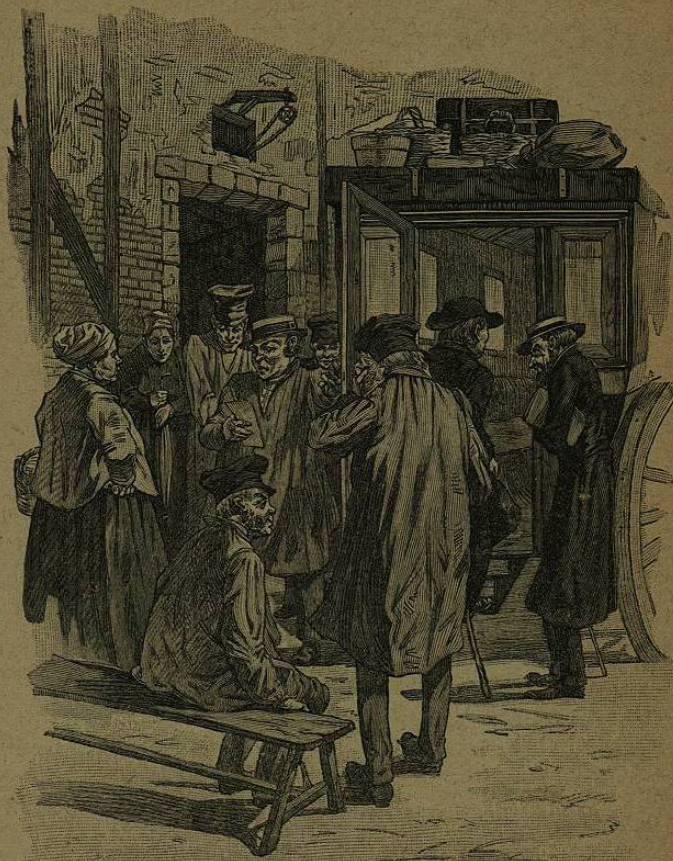
—El señor maestro de Rollebose-les-Grinets.

Apresuróse, larguirucho, tímido, enlevitado; y desapareció, á su vez, entrando en la caja.

—El señor Poiret, dos asientos.

Llegóse Poiret, encorvado por la labranza, enflaquecido por la abstinencia, consumido, anguloso, con la piel resquebrajada y sucia. Le seguía su mujer, insignificante y encogida, oprimiendo entre ambas manos un colosal paraguas verde.

—El señor Rabot, dos asientos.



Vaciló, siendo en todo indeciso, y mientras avanzaba dijo: «Me has llamado, ¿no es cierto?»

El mayoral, que tenía fama de brusco, disponíase á soltarle una desvergüenza, cuando Rabot fué á dar en la portezuela empujado por su mujer, una cuarentona metida en carnes, de vientre abultado, semejante á un tonel y de manos enormes.

Rabot se coló en el coche como un ratoncillo en su madriguera.

—El señor Caniveau.

Más pesado que un buey, al subirse al estribo se achataron las ballestas; y, á su vez, se acomodó en la caja.

—El señor Belhomme.

Belhomme, alto, acartonado, se aproximó con el rostro contraído, como si le angustiara un dolor agudo, apretándose un pañuelo sobre la oreja.

Todos llevaban cubriendo sus trajes de fiesta, de paño verde ó negro, blusas azules que se quitarían llegando al Havre; y sobre la cabeza, gorras de seda encumbradas como torres, la suprema elegancia del campesino normando.

Cesáreo Harloville cerró la portezuela del coche y subiendo al pescante, hizo restallar su látigo.

Los tres rocinantes, como si despertaran, irguiéndose hicieron sonar los cascabeles de las colleras. Entonces el mayoral, sacudiendo las riendas y gritando con todo el brío de sus pulmones: «¡Ooé!

¡ooé! ¡ooé!...» animó á los pobres animales. «¡Ooé!... ¡Ooé!... ¡Ooé!...» Sacando fuerzas de flaqueza arrancaron con un trote inseguro y lento. Y al rodar el coche retemblaban los cristales, crujían las maderas, rechinaban los hierros —como si todo aquel artefacto fuese á desquiciarse —con un ruido estruendoso, mientras las dos filas de viajeros traqueteados y sacudidos, agitábanse con el vaivén tumultuoso de las olas.

Al principio, todos callaban, porque les imponía respeto la presencia del sacerdote; pero como era de carácter expansivo y franco, él mismo no tardó en provocar la conversación.

—¿Qué me dice usted de bueno, señor Caniveau?

El voluminoso campesino, ligado con el sacerdote por una simpatía de naturaleza robusta y exuberante, respondió sonriendo:

—Nada de particular, señor párroco; ¿y usted, cómo sigue?

—Perfectamente. No puedo quejarme. ¡Vaya! ¡vaya! Y, el señor Poiret, ¿de qué se duele ahora?

—¡Nunca me faltan motivos! La cosecha es mediana este año, y los negocios... Ya no hay negocios.

—Cada vez se hace más difícil todo.

—Sí; cada vez se hace más difícil todo—repitió la señora Rabot, con acento de marimacho.

Como no era de su parroquia, el sacerdote la conocía sólo de referencia.

—¿Es usted la Blondel?

—Sí; la Blondel, casada con Rabot.

Rabot, endeble y tímido, inclinó la cabeza, sonriendo, como si dijera: «Sí; la Blondel se caso conmigo.»

De pronto, el señor Belhomme, que seguía sujetándose contra la oreja el pañuelo, comenzó á gemir de una manera lamentable, dando alaridos y pataleando para desahogar su horrible sufrimiento.

El sacerdote le preguntó:

—¿Le duelen á usted las muelas?

El campesino dejó un momento de gemir para responder:

—No; no son las muelas... no me duele ninguna muela... Es el oído... es dentro del oído...

—¿Y qué tiene usted en el oído? ¿Un absceso?

—Lo que tengo es un bicho que se metió hacia dentro mientras yo dormía en el pajar.

—¿Un bicho? ¿Está usted seguro?

—¿Si estoy seguro? ¡Como de que hay cielo y purgatorio, señor párroco! Estoy seguro, porque me hurga y me roe constantemente. Me devora, me da calentura... ¡Huy!... ¡Huy!... ¡Huy!...

Comenzó de nuevo á patlear, dando alaridos.

Interesaron sus desdichas. Cada uno daba su parecer. Poiret, suponía el tal bicho una araña; el

maestro inclinábase á creerlo una oruga. En Campemuret—donde había regentado la escuela siete años—presenció un caso muy semejante: la oruga, que había entrado por la oreja, salió por la nariz, y



como para ello tuvo que romper el tímpano, dejó sordo al paciente.

—Más creíble me parece que sea una lombriz—dijo el cura.

El señor Belhomme, con la cabeza inclinada y apoyado en la portezuela, no dejaba de gemir.

—¡Huy!... ¡Huy!... ¡Huy!... Muerde como un lobo... Se abre camino... ¡Me come!... ¡Huy!... ¡Huy!...

—¿No te ha visto el médico?—le preguntó Caniveau.

—No, no me ha visto.

--¿Por qué no fuiste á su casa?

El miedo al médico pareció aliviar á Belhomme.

Enderezóse, pero sin apartar de la oreja la mano, con la cual sostenía el pañuelo.

—¡A casa del médico! Y en cuanto un médico te coge, te arruina. ¡Si bastara verle una vez! Pero á nada que tenga uno, hace una visita y otra y otra; no se cansa de visitar. Luego hay que darle diez francos ó veinte ó treinta francos... ¿Y qué me hubiera hecho? ¿Lo sabes tú?

Caniveau reía.

—No lo sé. Pero ¿adónde vas así?

—Voy al Havre, á que me vea Chambrelán.

—¿Quién es Chambrelán?

—Un curandero.

—¿Y te curará?

—Sí. A mi padre le curó.

—¿A tu padre?

—Sí. Hace mucho tiempo.

—¿Qué tenía tu padre?

—Un mal aire, que no le dejaba mover el brazo ni la pierna.

—¿Y qué le hizo el curandero?

—Le sobó el costado, como soban el pan cuando amasan, y en un par de horas le puso bueno.

Belhomme sabía que Chambrelán aseguraba el efecto de sus curas con ciertas frases mágicas; pero no se atrevió á decirlo en presencia del sacerdote.

Caniveau, riendo, insistía:

—¿No será un conejo lo que se te ha entrado en el oído? Al ver la maraña de pelo que asoma, semejante á un zarzal, pudo confundirlo con su madriguera. Voy á espantarlo; verás como sale.

Y Caniveau comenzó á imitar, sirviéndole de tornavoz las palmas de las manos, la estridente algarabía de los perros de caza cuando persiguen á una res. Aullaba, ladraba, chillaba, gruñía, gemía. Y todos los viajeros, incluso el maestro, que no reía nunca, se hartaron de reir.

Notando el cura que á Belhomme le molestaba ya servir de pretexto para tan ruidosa broma, dió á la conversación otro giro, dirigiéndose á la hercúlea señora Rabot, y preguntándole:

—¿Tiene usted muchos hijos?

—Muchos; demasiados—respondió la mujerona—. ¡Cuesta mucho criar tanta familia!

Rabot inclinó la cabeza como para reforzar el razonamiento de su mujer.

—¿Cuántos hijos tiene usted?

Con arrogancia, con voz firme y segura, dijo la señora Rabot:

—¡Quince! Catorce de mi marido.

El tal marido sonrería expresivamente, satis-

fecho. Tenía catorce hijos, á pesar de su aparente insignificancia. La mujer lo confesaba: nadie lo pondría en duda. Estaba orgullosa de tener catorce hijos.

Pero, ¿de quién era el otro, si ella tenía quince? La mujer no lo dijo entonces y á nadie sorprendió; conocerían la historia: un hijo anterior al matrimonio, un desliz de soltera. Ni Caniveau, que reparaba en todo, hizo comentarios ni preguntas; nada.

Belhomme volvió á gimotear:

—¡Huy!... ¡Huy!... ¡Huy!... ¡Me hurga! ¡Me come! ¡Qué desgracia la mía!

La diligencia se detuvo en una posada. El sacerdote dijo:

—Tal vez con un poco de agua saldría. ¿Por qué no lo prueba? ¿Quiere usted probarlo?

—¡Bueno, sí, lo probaré!

Se apearon todos para presenciar la operación.

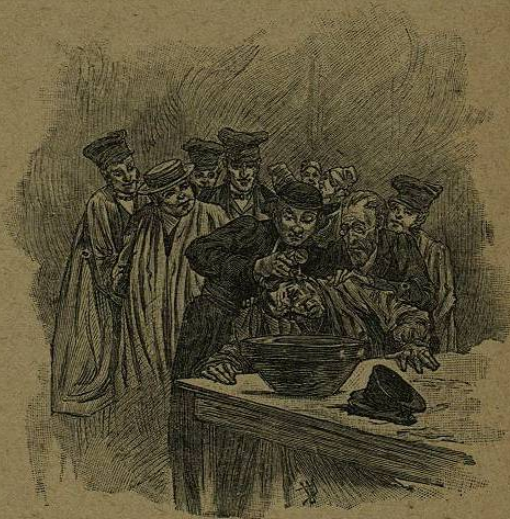
El sacerdote pidió una jofaina, una toalla y medio vaso de agua, y encargó al maestro que sujetara la cabeza del paciente para mantener la oreja en posición horizontal, y cuando el agua hubiese penetrado bien, le volviera de pronto para verterla de un golpe.

Pero Caniveau, que tenía los ojos clavados en la oreja de Belhomme, procurando á simple vista descubrir el bicho, exclamó:

—¡Rediós, qué mermelada! Es necesario desta-

par la madriguera para que pueda salir el conejo. Se le pegarían las patas en esa confitura.

El sacerdote, reconociendo á su vez el orificio completamente cegado, también opinó que allí no



era posible intentar nada. El maestro encargóse de la limpieza, valiéndose de un palitroque y de un trapo.

Entre la general ansiedad, el sacerdote vertió en el pabellón de la oreja medio vaso de agua que, rebosando, corría por la cara, por el pelo, por el cogote del paciente. Después, el maestro hizo girar

violentamente la cabeza, como si fuese á destornillarla. Cayeron algunas gotas de líquido en la jofaina. Todos los viajeros acercáronse á ver lo que había salido; pero no vieron bicho alguno.

Sin embargo, Belhomme dijo:

—Ya no siento nada; ya nada me duele.

Y el sacerdote, satisfecho, exclamó:

—¡Es posible que haya muerto ahogado!
Volvieron todos á la diligencia.

Pero apenas comenzaron á trotar los rocinantes, Belhomme lanzó nuevamente ayes horribles. El bicho se había despertado con más furia; ya le roía, le devoraba el cerebro. Chillaba y se retorció de tal modo, que la señora Poiret, creyéndole poseído por el demonio, comenzó á llorar y hacer cruces. Luego el dolor se calmó algo; el paciente notaba que se había vuelto hacia fuera el bicho. Imitando con los dedos la marcha del animal, como si lo estuviera viendo, advertía:

—¡Ya sube otra vez!... ¡Huy!... ¡Huy!... ¡Huy!...
¡Qué desdichado soy!

Caniveau iba ya impacientándose:

—Con el agua se ha exasperado más... No le gustará sin duda el agua... Echadle vino.

Volvieron todos á reir estrepitosamente.

—Cuando lleguemos á una venta, echadle un trago de lo añejo y se calmará. Es lo que pide.

Pero, entretanto, Belhomme sentía mordeduras

inaguantables. Comenzó á gritar como si le arrancasen el alma. El sacerdote le sostenía la cabeza y el mayoral accedió á detenerse para pedir algún auxilio en cualquiera casa de labor.

Así lo hicieron. Entre todos bajaron á Belhomme de la diligencia, tendiéndolo sobre un banco de la cocina para preparar la operación. Caniveau aconsejaba que se hiciera con aguardiente aguado el nuevo lavatorio, con objeto de adormecer al bicho emborrachándole, y matarlo así tal vez. El sacerdote prefirió vinagre.

Lo dejaba caer gota á gota para que penetrase hasta el fondo, y así estuvo algún rato. Era imposible que resistiera el bicho tan prolongada y desagradable inundación.

Habiendo preparado también una jofaina para recibir en ella lo que saliese del orificio, el sacerdote y Caniveau—dos colosos—volvieron á Belhomme sosteniéndolo en vilo mientras el maestro le golpeaba en la oreja sana para que se vaciase completamente la otra.

Hasta Cesáreo Harloville estaba presente, atraído por la curiosidad, con el látigo en la mano.

De pronto, repararon que había en la jofaina una mota negra, ¡una pulga que se ahogaba en el vinagre! Hubo exclamaciones de sorpresa primero, y después gritos y risas ruidosas. ¡Una pulga! ¡Tenía gracia, muchísima gracia! Caniveau se golpeaba las

rodillas con las manos. Cesáreo Harloville hizo chascar su látigo; el sacerdote soltó la carcajada; el maestro desahogaba su alegría con una especie de estornudo, y las dos mujeres chillaban de un modo semejante al cacareo de las gallinas.

Belhomme se había sentado, y con la jofaina sobre las rodillas contemplaba con odio y gusto á la vez al bicho que forcejeaba por librarse de las gotas de vinagre que no le permitían saltar.

Masculló: —¡Al fin caíste, roña!— y la envolvió en un salivazo escupido furiosamente.

Cesáreo, loco de alegría, exclamaba:

—¡Una pulga! ¡Una pulga! ¡Ya caíste, animal feroz, animal feroz!

Pero calmándose de pronto, dijo:

—¡Señores, al coche! Nos hemos entretenido ya demasiado. ¡Al coche!

Y los viajeros iban acercándose á la diligencia sin dejar de reír.

Belhomme, rezagado, insinuó:

—Me quedo aquí para volverme á Criquetot andando. Ya no tengo que hacer nada en el Havre.

Cesáreo le dijo:

—Está bien. Págame tu asiento.

—Te daré la mitad, pues no he llegado á medio camino siquiera.

—No puede ser; pagarás el asiento hasta el Havre, porque así me lo encargaste.

Hubo réplicas insistentes, y la discusión degeneraba en disputa furiosa: Belhomme diciendo que



sólo pagaría un franco, y el mayoral jurando que le cobraría dos.

—Vociferaban, acercándose mucho el uno al otro, mirándose amenazadores, tropezándose casi nariz contra nariz.

Caniveau intervino:

—De todos modos, Belhomme, debes al sacerdote dos francos por la cura, y á todos una convidada por los auxilios: en junto dos francos y medio, mas uno que ofreces á Cesáreo, son tres francos y medio. Paga.

El mayoral se regocijaba suponiendo que Belhomme se vería obligado á soltar aquel dinero, y dijo:

—Me conformo.

—Paga—insistió Caniveau.

—No pago y no pago—sostuvo el otro—. No pago. El sacerdote no es médico.

—Si no pagas en seguida, te meto en la diligencia y te llevamos al Havre.

Cogiendo á Belhomme por la cintura, le alzó como á un chiquillo.

Belhomme, viendo que sería inútil resistir, sacó la bolsa y pagó.

La diligencia dirigióse hacia el Havre, mientras Belhomme volvía por la carretera pesaroso y á pie; y los viajeros reían, viendo aún á lo lejos la blusa azul del campesino, balanceándose al compás de sus zancas enormes.

FIN

